

www.elboomeran.com

MADRID-MOSCÚ



Ramón J. Sender

MADRID-MOSCÚ

Notas de viaje, 1933-1934

Prólogo de
José-Carlos Mainer

fórcola

SIGLO XX

Siglo XX

Director de la colección: Fernando Castillo Cáceres

Diseño de cubierta y maquetación: Silvano Gozzer

Corrección: Gabriela Torregrosa

Revisión del ruso: Marta Sánchez-Nieves

Producción: Teresa Alba

Detalle de cubierta: Celebración del 1.º de Mayo en la Plaza Roja de Moscú, 1933

La edición de este libro contó con la colaboración del Centro de Estudios Senderianos (Instituto de Estudios Altoaragoneses).

© Herederos de Ramón J. Sender, 2017

© Del prólogo, José-Carlos Mainer, 2017

© Fórcola Ediciones, 2017

c/ Querol, 4 – 28033 Madrid

www.forcolaediciones.com

Depósito legal: M-1764-2017

ISBN: 978-84-16247-82-0

Imprime: Sclay Print, S. A.

Encuadernación: José Luis Sanz García, S. L.

Impreso en España, CEE. Printed in Spain

AÑOS TREINTA: SENDER EN LA UNIÓN SOVIÉTICA

José-Carlos Mainer

EL JOVEN INSURRECTO

Nacido con su siglo (el 3 de febrero de 1901), Ramón José Antonio Blas Sender Garcés fue contemporáneo estricto, entre otros, de André Malraux y Nazim Hikmet, que vinieron al mundo en ese año; uno antes lo hizo su coterráneo Luis Buñuel y otro después, Rafael Alberti. Como ellos, Sender encarnó algunos emblemas de la centuria que estrenaba —la audacia y la aventura, el compromiso (y la decepción) del comunismo, la conquista de la independencia moral y la soledad de fondo— y vivió en carne propia las experiencias que el siglo les deparó a manos llenas: guerras y exilio, remoción de las relaciones entre la vida y el arte, una conciencia más aguda de la injusticia y una irreprimible fascinación por la rebeldía. Fueron hijos de una posguerra —la de 1914— que los hizo, a él y a sus compañeros, descontentos y revolucionarios y de otra —la de 1945— que los hizo desengañados y escépticos.

Sender vio la luz en el campo aragonés y siempre prefirió la fidelidad a los territorios originarios más que a sus abstracciones patrióticas. Tuvo presentes los paisajes de su lugar natal —el Alto Aragón—, que luego reconoció en las tierras del Rif o en las de Nuevo México, igual que Buñuel fue siempre fiel al fragor de los tambores de su Calanda nativa y Alberti a la luz deslumbradora de la bahía gaditana. Había sido también un adolescente díscolo y atrevido que llegó a Zaragoza en 1914 para estudiar cuarto de bachillerato en el instituto, tras un breve internado en un colegio religioso de Reus y haber hecho los primeros cursos de bachillerato en Tauste, donde dirigía sus trabajos el benévolo capellán de Santa Clara. En 1916, su numerosa familia se trasladó a Caspe

—siguiendo siempre el destino administrativo del padre—, pero él permaneció en Zaragoza, donde se ganó la vida como mancebo de botica: de ese modo obtenía un pequeño salario y una habitación en el establecimiento, a cambio de prestar allí sus servicios y dedicar las mañanas a las clases del instituto. Hizo lecturas intensas y muy diversas, vinculadas a dos acervos de libros tan típicos de su época como antitéticos en su origen: uno fue la Biblioteca de la Acción Social Católica, que atendía Jesús Comín Sagüés, abogado y archivero de rancio abolengo carlista; el otro fue el quiosco del anarquista Ángel Chueca, en el céntrico paseo de la Independencia zaragozano, donde Sender adquiría o leía prensa y folletos revolucionarios. Con el tiempo, recordaría aquellas andanzas en las páginas de su cautivadora *Crónica del alba*, donde confundió el apellido de Chueca —le llamó Checa— y hasta se atribuyó un mínimo papel en la sublevación ácrata del cuartel del Carmen (enero de 1920), que fue una idea del enfebrecido quiosquero. Chueca murió en el intento de asalto del cuartel y siete de los soldados que se habían sumado a la intentona, entre los que había un corneta de quince años, fueron fusilados.

Sender ya no vivía entonces en Zaragoza. Salió de su casa para ir a Madrid en 1918, obtenido el título de bachiller. En la capital volvió a ser mancebo de botica, a las órdenes de don Toribio Zúñiga, un farmacéutico bejarano que era impulsor de la revista *Béjar en Madrid*. Sender ya había logrado publicar algún trabajillo en la prensa aragonesa, pero su primer texto político fue un poema dedicado al final de la guerra de 1914, titulado «Paz», que apareció el 16 de noviembre de 1918, cinco días después del armisticio, en la revista bejarano-madrileña de su principal. Consiguió para sus escritos, sin embargo, otros acomodos más cercanos a sus inquietudes. En el periódico republicano *España Nueva*, publicó el reportaje «Cuando caían las hojas. Leiba Bronstein» (25 de mayo de 1919), que es una entrevista ficticia con León Trotski. El revolucionario ruso había vivido en España entre el 31 de marzo y el 25 de diciembre de 1916; llegó expulsado por el Gobierno francés y las autoridades españolas lo reexpidieron a Estados Unidos cuando pudieron. Es difícil que Sender lo viera personalmente y más todavía que le oyera contar sus desgracias

familiares, advirtiera entonces su «expresión de venganza inexorable» y comprobase «en su rostro las huellas del viejo cincel oriental, el romanticismo de Cristo». Escortado siempre por sus correligionarios, Trotski recibió del país una impresión duradera que recogió en un capítulo de sus memorias, donde recuerda su visita al Museo del Prado, pero no la taberna de la calle del Espejo donde, al parecer, se confesó al joven Sender. Tampoco el soñador muchacho debía de saber mucho acerca de Rosa Luxemburg, a la que evocó en una encendida melopea de aire modernista, «A Rosa Luxemburg en el primer aniversario de su inmolación. Prosa rimada» (*El País*, 19 de junio de 1919). Lo cierto es que la homenajeadada había muerto el 15 de enero del mismo año de 1919, en Berlín y a manos de los *freikorps* que liquidaron salvajemente la revuelta espartaquista. El poema toma como referencia el nombre de la revolucionaria que «fue rosa terciopelo, de color sanguinolento, / de pasión fue rosa como la flor lozana, suave y sutil». La única comparecencia de la ideología, a vueltas de esas galanterías escasamente revolucionarias, está al final: se recuerda su (falso) aniversario, «mientras nosotros, embriagados por ardiente inquietud, / engrosamos rugiendo el fiero alud, / que amenaza enseñando los dientes en lo alto de la sierra».

Aquellos fueron sus primeros contactos con «el fiero alud», al que otros llamaban «un espectro [que] recorre Europa», evocando la primera frase del *Manifiesto comunista* de 1848. Su sombra, o quizá su luz sulfúrea, había de presidir los trabajos de Sender hasta veinte años después, cuando hubo de reconstruirse a sí mismo, perdida una guerra, asesinados por los franquistas su esposa Amparo Barayón y su hermano Manuel Sender, rotos la fe y los vínculos que le unían al Partido por antonomasia, lejos de su país y en los azarosos inicios de otra nueva guerra mundial.

EL PERIODISMO COMO ACTITUD

El periodismo era cosa de jóvenes. Lo había sido desde sus inicios decimonónicos y por eso gozaba de un aura de bohemia y

hasta de malditismo, de libertad y atrevimiento, que seguiría reclutando a muchos descontentos, soñadores y ambiciosos. A finales del siglo XIX su ejercicio adquirió un tinte más social y de denuncia, lo que en los inicios del siglo XX fue ya tendencia dominante. No importa mucho si era un género literario (o, mejor, varios géneros) porque era fundamentalmente una actitud: su esencia estaba ligada a la captación vivaz de su tiempo, que cada vez fluía más rápido y cada vez era más intenso. La impresión de transitoriedad inestable se superponía a la esperanza del acontecimiento decisivo: ése era el clima en el que vivían tanto los propensos a la elegía como los partidarios de lo profético. La *crónica* —un galicismo semántico que fue muy temprano entre nosotros— se afianzó, a finales del XIX, como la percepción más personal de la incertidumbre entre lo duradero y lo mudable. El posterior *reportaje* nació del culto de la noticia y de aquella otra ansia inagotable de mutaciones históricas. Y de la posibilidad de verlas y contarlas...

El énfasis de veracidad que buscaban los nuevos medios de comunicación favoreció a este gremio de los profetas sobre el de los elegiacos. Primero fue el telégrafo, que difundía lo escrito a la velocidad de la luz; luego, el teléfono y, casi a la par, la fotografía y el cinematógrafo, que aportaban a la columna escrita la certeza de la imagen. La guerra de 1914-1918 fue —además de otras cosas importantes— el laboratorio que gestó un nuevo estatuto de la noticia, del comentario y del editorial. La *instantánea* fotográfica cambió la percepción de la realidad al captarla *in fieri*: en 1925 la nueva cámara Leica impresionaba directamente sobre una cinta cinematográfica de 35 mm que ofrecía espacio para treinta y seis tomas. La literatura sabía ya enfatizar la velocidad y la simultaneidad, las transiciones abruptas o el instante revelador, y sus procedimientos inspiraron los de la naciente narración cinematográfica, que primaba la sencillez y la verdad del testimonio. Lo habían sabido muy pronto la mayoría de los grandes escritores españoles del momento, que fueron periodistas incluso cuando escribían sus novelas: el Azorín de *La voluntad* y de *La ruta de don Quijote*; el Pío Baroja de *Vidas sombrías* o de *La lucha por la vida*; el Valle-Inclán de *La guerra carlista* y, sobre todo, de *La medianoche. Visión estelar*

de un momento de guerra, quizá el texto más autoconsciente del nuevo rumbo de la descripción literaria.

Estos y otros muchos siguieron fieles a las dos almas del periodismo. Reflejaron —alguna vez con grandilocuencia— la solemnidad de lo histórico y la inminencia del futuro que se busca cuando el presente es más desapacible. Pero también detectaron la presencia emocional de lo fugitivo y frágil, concreto y vulnerable, al pie de las abstracciones. Y siempre dejaron un hueco, modesto pero trascendente, para retratarse como testigos: para aquel «que estaba allí», como dijo un título impagable del gran periodista Manuel Chaves Nogales.

EL PERIODISTA SENDER

Sender siguió el camino estético de Baroja y Valle-Inclán, sus elegidos, y pronto hizo una carrera periodística de primer orden. En 1924, de regreso de su servicio militar en África como suboficial de complemento, ingresó como «redactor regional» en el periódico *El Sol*, el diario madrileño que leían en toda España la burguesía liberal y los profesionales y universitarios más virados a la izquierda. Habitualmente escribía de temas aragoneses, pero en 1925 alcanzó una gran notoriedad al narrar el desenlace del llamado crimen de Cuenca. Los hechos originarios habían ocurrido en 1910 cuando un campesino del pueblo conquense de Ossa de Montiel desapareció sin dejar rastro y las fuerzas del orden (a favor de la histeria local) lograron que otros dos modestos labradores confesaran un asesinato que no habían cometido. Quince años después, José María Grimaldos, la presunta víctima, apareció de nuevo y declaró que «un barrunto» le había hecho abandonar su pueblo sin advertirlo a nadie. Sender estuvo allí para hablar con unos y otros y recomponer una dramática historia de ignorancia, celos y fatalismo, que sus cuatro artículos dieron a conocer a toda España. Quince años después, la convertiría en una de sus mejores novelas, *El lugar de un hombre*, que en su edición de 1939 se tituló *El lugar del hombre*.

MADRID-MOSCÚ

Notas de viaje, 1933-1934

REAJUSTE DE MEDIANOCHE EN PRUSIA

Al llegar a Berlín a medianoche —ocho horas vertiginosas desde Colonia—, es necesario detenerse un momento a reajustar las impresiones. Son seis días de viaje —avión, tren, automóvil—; hablando más o menos mal catalán, francés, alemán; teniendo que hacernos a cada paso una idea diferente de las proporciones de nuestra capacidad adquisitiva en relación con el medio, dando constantemente a la discreción una medida distinta, porque en Francia se puede hablar de cosas que en Alemania son impertinentes, y ordenando las palabras vírgenes que nos dicen los paisajes y las personas. Todo eso exige ciertas condiciones, alguna agilidad mental, dotes de adaptación especiales. Ejercitadas de una manera un poco imprevista, un viaje puede constituir para cualquiera una lección de sociabilidad. Para un español, mucho más. Nosotros seguimos nuestro cursillo dispuestos a aprovecharlo como cada cual. Vamos a empezar ahora con la lección prusiana, que es de las más duras y difíciles.

La impresión de conjunto de estos seis días de viaje puede resumirse en pocas palabras: la civilización mecánica, el progreso material, influye poco en la mentalidad de las gentes fuera de España. Hemos visto a un hombre dejar el avión, tomar su coche y dirigirse a la ciudad; subir a su hotel por una escalera móvil, comunicar desde su cuarto por teléfono con un país lejano y después ponerse a hablar de la política, de la moral, de las ideas sociales, con una mentalidad de la Edad Media. Pero de tal manera que los reaccionarios españoles resultan a su lado liberales.

Y este hombre se considera, además, un hombre civilizado, producto de la Enciclopedia y la Revolución francesa. En Bélgica, en Alemania, ocurre lo mismo que en Francia. Bien es verdad que habíamos visto ya en Barcelona cómo los organismos de la joven catalanidad, los órganos políticos de la autonomía —bajo los auspicios de *l'Esquerra*— están instalados entre agujas góticas y espadañas de catedral.

La verdad es que no hay más remedio que reconocer que las ideas políticas del plano medio español son algo más avanzadas que en estos países. Con las fábricas, los *trusts*, la racionalización, crece y se desarrolla por aquí la conciencia de patria, el sentimiento nacionalista, de una manera increíble. La gente tiene que mecanizarse e insensibilizarse en el engranaje de la vida urbana. Un número en la fábrica, un número en el autobús, el tique de la comida, los minutos contados para el tren que los lleva a casa. En el hogar, nuevos números y fechas. Pequeños organismos que actúan también mecánicamente. El ritmo de la ciudad es uno, invariable y continuo. Los hombres son pequeñas piezas que deben funcionar correctamente, su vida parece tener por único objeto facilitar la labor de un ser que desde lo alto lleva una estadística. Números sueltos y dispersos, cuyas sumas deben salir siempre bien. En esas condiciones, los hombres concentran su espíritu terriblemente en torno a un par de sentimientos. El primero, el de la patria. Yo no sé cómo estaría Europa el año 1914. Supongo, sin embargo, que en la primavera de aquel año los presentimientos de guerra no tendrían mucho más fundamento del que hoy puede encontrarles cualquier viajero que quiera ver y oír.

LOS CONDES DE BARCELONA. COSTA BRAVA Y VÍSPERAS DE FIESTA

La Generalidad, el Parlamento, nos dieron en Barcelona una impresión muy distinta de la que esperábamos. Conocíamos Cataluña de años atrás, y más la del campo y de las fábricas que la de la ciudad. Suponíamos que la limitación de las soluciones

autonomistas que representa la política de la Esquerra estaba impuesta por razones políticas del momento, entre las cuales era la principal no producir demasiadas dificultades a la República, ir elaborando lentamente una autonomía de horizontes amplios, sin romper el marco nacional. Creíamos en la capacidad creadora de la juventud catalana encauzada por el camino minimalista del Estatuto. Pero a lo largo de nuestras impresiones en la Generalidad, en el Parlamento, salimos dudando de que esa juventud creadora de Cataluña estuviera en la Esquerra. Nos consta que existe y que trabaja por el porvenir. Pero fuera y lejos de allá.

Estando enterado, como todo español lo está, de la línea ideológica de la autonomía catalana, basta con alguna observación, al parecer fútil, para acabar de situar las cosas en su lugar. Yo no he visto en la Generalidad ni en el Parlamento ningún retrato de Francisco Ferrer, ni siquiera de Pi y Margall, y en cambio me he tropezado dos veces con San Jorge. En el despacho de Macià suenan las campanas de la catedral como debieron sonar en los tiempos medievales. Probablemente el edificio es el mismo. Yo no he encontrado el espíritu juvenil de Cataluña en el radio de la Esquerra. He encontrado, sin embargo, dispuestas las cosas como para una reconstrucción escénica de la corte de los condes de Barcelona. Lo que más me ha molestado en todo eso ha sido el espíritu mediocre que revela. Yo admiro y quiero a Cataluña por razones diversas y hasta por sentimientos contraídos en la infancia. Al ver desde el avión la cinta azul del Ebro, los caminos milenarios de Tarragona, los campos de olivar, vid y cacto azul, el festón blanco de la costa, nos sale al paso una limpia brisa de infancia. Nos sentimos más en nuestra casa en Cataluña que en Castilla.

Dejamos Barcelona por el camino de Port-Bou. La Costa Brava es de una bravura reposada y tranquila. Recuerda la costa levantina de Calpe, aunque ésta es de tintas más limpias y uniformes. Ya en Francia nos alejamos del mar. El tren se desvía hacia Toulouse. La vertiente norte de los Pirineos aparece vestida de vegetación verde, de un verde más claro que la española. Enseguida, el campo francés urbanizado, sin un rincón inculto, con la sensación un poco angustiosa de un campo con todas las plazas

ocupadas, donde pagan impuesto hasta esas flores amarillas que en todas partes desdeñan.

En el departamento donde íbamos completamente solos entró un viajero de unos cincuenta años. Bastaba una ojeada para darse cuenta de que era un francés culto, democrático, devoto de la familia y de la autoridad. Cambiamos esas palabras neutras de los viajes. Luego se vio que le preocupaba mucho la política presupuestaria de las Cámaras, y creía necesaria y hasta conveniente la inflación. Tomaba tan a pecho estas cuestiones que fuera de Francia hubiera resultado un hombre de ideas fijas. A través de los presupuestos fueron desfilando todas las cuestiones de la política interior; después, Ginebra y el desarme, con el anuncio del discurso del canciller alemán; luego, la Unión Soviética y el Japón. Al final, como los oradores clásicos, volvió al tema del comienzo, a los presupuestos y a la inflación. Por último, se quedó callado, y enseguida preguntó: «¿Qué le parece a usted?».

Yo iba pensando en los «locos repúblicos y de gobierno» de Quevedo. En lugar de contestarle, señalé con el dedo, a través de la ventanilla. Pasábamos por un puente. Abajo, un ancho arroyo de poca profundidad. En el centro, metida en el agua, una cama de hierro perfectamente armada, con su somier y sus boliches dorados, que lucían al sol. En las orillas, flores de égloga y una dulce casita con techo de pizarra. El francés sonrió y dijo: «Limpian la casa hoy porque mañana es fiesta».

El día de Juana de Arco, santa nacional, virgen épica. «Salvó el espíritu francés para la civilización.» El espíritu francés contra los ingleses. Santa Juana de Arco, abogada contra las invasiones —contra toda clase de invasiones, según los habitantes de la casita de égloga—, iba a ser rememorada en toda Francia con entusiasmo. El presidente de la República diría palabras solemnes, la familia aldeana de la pequeña casita tendría al día siguiente limpia la cama. Nuestro compañero de viaje remetía sus puños duros dentro de la manga y repetía mucho esas palabras: «espíritu francés» y «civilización».